

### *La arquitectura de la Compañía de Jesús: el Colegio de Nuestra Señora de la Anunciación.*

Si a alguien debemos agradecer la existencia de este insigne edificio es al clérigo optense Esteban Ortiz, que fue vicario de Montalvo y beneficiado de San Pedro. Conmovido por los ideales de la Compañía de Jesús, el religioso solicitó licencia para la fundación a San Francisco de Borja, general de la Orden. Para convencerlo, ofreció una dotación consistente en 700 ducados anuales, las casas y huerta donde está el colegio y un juro de 80.000 maravedíes de renta situados sobre las alcabalas de la carne de la ciudad<sup>1</sup>. El Ayuntamiento, también interesado, cedió un terreno a condición de dejar libre el camino hacia la Fuendaroca, prueba de la preocupación urbanística de aquellos tiempos.

Los primeros religiosos llegaron a finales de 1570, siendo el primer rector el Padre Sevillano, natural de Villacastín. La primera misa tuvo lugar el 24 de diciembre. Consecuencia inmediata fue la creación de dos escuelas para que los niños de la ciudad aprendieran a leer y escribir. Los jesuitas se hicieron cargo de este cometido hasta que fueron expulsados en 1767<sup>2</sup>.

Sin embargo, la verdadera intención de Esteban Ortiz era la fundación de una escuela de gramática, regida por tres lectores, lo que fue solicitado por el Ayuntamiento en 1577. El general Gerardo Mercuriano dio su permiso, aunque con la condición de suprimir las escuelas de niños, que entendía incompatibles con la escuela de latinidad. Algunos testimonios indican que la escuela no llegó a funcionar porque el edificio no estaba terminado, y una vez pagadas todas las obras, se volvió a solicitar lo mismo en distintas ocasiones, aunque en ninguna de ellas se obtuvo respuesta de Roma<sup>3</sup>. Sin embargo, el padre Bartolomé Alcázar asegura la existencia de la escuela de gramática desde 1577, que a finales de siglo contaba con más de 350 estudiantes<sup>4</sup>. En ellas recibieron formación insignes personajes como San Juan del Castillo y Hernando de Santarén, martirizados en Indias en el siglo XVI<sup>5</sup>.

Las cuantiosas rentas proporcionaban prosperidad a la hacienda del Colegio. Según testimonio de un jesuita, los ingresos del Colegio en los mejores años llegaban a 2.200

---

<sup>1</sup> A.H.N., clero, jesuitas, libro 29, ff. 1-5v. Donación realizada el 8 de abril de 1567.

<sup>2</sup> El Concejo concedió 800 ducados para su mantenimiento. También prometió un cuarto del diezmo de Villas Viejas. El estado de Hijos-Dalgo donó 100 ducados y el del común otros 100.

<sup>3</sup> A.H.N., clero, jesuitas, libro 29, f 2 v.

<sup>4</sup> ALCÁZAR, B., 1710, p. 284.

<sup>5</sup> Sobre las dependencias del Colegio, en los libros de cuentas se mencionan las aulas de gramática, teología, mayores y niños, el convictorio, el patio de los estudios y el patio de la casa.

ducados<sup>6</sup>. En algunas festividades se celebraban suculentas comidas. A modo de anécdota diremos que en la cena de San Ignacio de 1661, además de los tradicionales premios a los estudiantes, el menú comprendía dátiles, pollos, conejos, tocino, vino, pasteles, huevos, cabritos, carneros, angulas, salmón, sardinas, escabeche y atún<sup>7</sup>. Estamos, por tanto, ante una comunidad próspera capaz de financiar obras arquitectónicas de gran envergadura.

Los datos sobre la construcción del edificio permanecían inéditos en los libros de cuentas del Colegio, hoy conservados en el Archivo Histórico Nacional, y en los protocolos notariales de Huete. Hemos establecido tres intensos periodos constructivos. En el inicial, pocos años después de la fundación, se edificó uno de los cuartos y un primer templo; en el segundo, durante la segunda década del siglo XVII, se llevó a cabo el cuarto sur con su patio central; y en el tercero, entre 1700 y 1703, se derribó el primer cuarto para construir una nueva iglesia, eso sí, respetando la fachada de la edificación anterior. Posteriormente, se construyó un nuevo cuarto para aula de gramática, en la zona oriental, hoy prácticamente arruinado.

De esta forma, del primitivo edificio fundacional sólo se conserva la fachada, ya que sus tránsitos y dependencias hoy están ocupados por la iglesia. Prueba palpable de lo que decimos son las ventanas cegadas, que no se corresponden con la estructura interior del templo. Esta fachada sería realizada entre los años setenta y ochenta del siglo XVI. Posiblemente, la obra estuvo bajo la dirección de Pedro de Arteaga, que fue contratado en 1577 para continuar la fachada.”*con la misma altura de hiladas, conforme al lienzo que esta hecho*”<sup>8</sup>.

En la segunda mitad del siglo XVII se construyó el cuarto sur, de gran amplitud, planta cuadrada y claustro interior. Aunque no conocemos al arquitecto, sería muy probable la intervención del carmelita fray Alberto de la Madre de Dios, que en esos momentos estaba al frente de la mayor parte de las obras religiosas del obispado de Cuenca. Colaboradores suyos como Juan de Mazas y Pedro del Valle<sup>9</sup> aparecen involucrados directamente en las obras, mientras que el obispo don Andrés Pacheco, protector del religioso, donó para la obra 1.000 ducados.

Las obras debieron iniciarse en 1616 o poco antes, bajo la dirección del maestro Blas García, quien las dejó el 15 de diciembre de ese año, una vez finalizada el aula de mayores y la escuela de niños, en una primera fase de obras que importó 7.020 reales.

Seguidamente, Pedro del Valle inició el corredor orientado hacia la Plazuela, que fue continuado por Juan López Solán, Pedro de Carra y Morlote y Pedro de la Teja. En este ala del

---

<sup>6</sup> A.H.N., clero, jesuitas, leg. 342, carpeta 6. “*también queda averiguado que teniendo 30 sujetos gasta el colegio 2.300 ducados conforme a lo cual siempre gana cada año en 700 ducados*”.

<sup>7</sup> A.H.N., clero, jesuitas, libro 36, f. 27.

<sup>8</sup> A.M.Hu., protocolos notariales, 4, esno. Fernán Gómez, f. 420.

<sup>9</sup> IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P.M., 2001.

edificio trabajaron más de 26 peones dada su complejidad. Definitivamente, el cuarto fue terminado por Pedro de Arribas, que construyó desde el primer suelo hasta la cornisa, revocó los muros y realizó los techos de bovedillas. En total, las obras de los cuartos costaron alrededor de 27.003 reales, incluidos los 3.467 reales de la comida y mantenimiento de maestros y oficiales.

El cuarto construido ahora posee austeras fachadas de sillería hacia las calles públicas, y de mampostería frente a los corrales propios. Su armonía se sustenta en la línea de imposta que marca la división de alturas y en la disposición de los vanos, enmarcados con severas molduras. Se trata de una arquitectura sencilla propia de la Contrarreforma. La cornisa que remata los muros es bastante más clasicista que la de la fachada del templo, y sus ventanas mucho más amplias.

La portada, en su cuerpo inferior es muy sencilla, con un vano adintelado enmarcado por un bocel. Originalísima es la ventana que sirve de remate, con un frontón partido en cuyo tímpano se eleva una custodia, símbolo de Dios y de la Compañía de Jesús.

En los mismos años fue construido el patio central o claustro. En el libro de gastos del Colegio se reflejan partidas dedicadas al arreglo de corredores y a la colocación de las columnas entre 1614 y 1619. El espacio es armonioso y proporcionado, con columnas en la planta baja y pilares de madera en la superior. Bonitas zapatas de madera, apoyadas sobre columnas y pilares, soportan las largas vigas con su cuerpo de canecillos de madera que recorre el perímetro del recinto. En la planta superior se conservan restos de la balaustrada de madera que tenía su desarrollo entre los pilares. Este tipo de claustros enmaderados son típicos del momento. Buenos ejemplos podemos encontrar en casas solariegas de Huete, Almagro y Toledo.

Todas las salas del edificio conservan sus techos originales, realizados con bovedillas, tan propios del siglo XVII. En el subsuelo se conservan hermosas galerías abovedadas. Especial mención merece una bóveda rebajada de lunetos con interesantes molduras, que bien pudo ser la Sala Capitular del Colegio. La escalera se cubre con una preciosa bóveda falsa sobre lunetillos, con bajorrelieves y molduras de escayola. La barandilla es muy sencilla, compuesta por balaustres de madera del siglo XVIII.

La disposición y elementos arquitectónicos del campanario evidencian la influencia de fray Alberto, arquitecto que solía orientar las espadañas de forma transversal a la fachada, dificultando así su visión desde la calle en favor de su contemplación desde el claustro, donde juega un papel determinante, ya que se eleva sobre el tejado, dando un aspecto señorial al conjunto. Construida en piedra de sillería, tiene dos cuerpos, uno inferior, con dos arcos de medio punto para campanas, y uno superior con un sólo vano<sup>10</sup>. Su belleza radica en la acertada proporción de los distintos elementos geométricos, el frontón, los aletones e impostas, propios de la arquitectura clasicista.

La escasa actividad constructiva de la segunda mitad del siglo XVII, se rompió de manera brusca en agosto de 1700, cuando se derribó el primitivo cuarto del colegio con el fin de construir un templo de grandes dimensiones.

Las obras se llevaron a cabo de forma muy rápida, quedando concluidas en julio de 1703. De la dirección de las mismas quedaron encargados los maestros Juan de Palacios y Cristóbal de Hernansáiz, que debieron seguir los planos de algún arquitecto, posiblemente de Tomás del Campo o de Juan de Sierra, que durante esos años desarrollan su actividad en la ciudad.

La planta, de cruz latina, se inscribe en un rectángulo, cuyo espacio restante es reservado para capillas laterales<sup>11</sup>, que en realidad forman a los lados sendas naves, ya que la unión entre ellas se realizaba a base de amplios arcos de medio punto. A principios del siglo XX, estos arcos perdieron la mayor parte de su luz con el fin de contener la desviación progresiva de las paredes, empujadas de forma alarmante por las bóvedas y tejado.

La nave se compartimenta en seis tramos abovedados, aunque en planta sólo se reflejan cinco, ya que la mitad del coro se ubica sobre el cancel de acceso. Los seis tramos de la nave, el presbiterio y los brazos del crucero se cubren con bóvedas de medio cañón con lunetos.

Las tribunas constituyen una verdadera seña de identidad y le otorgan cierta singularidad entre de los monumentos de la ciudad. Son propias de las iglesias de la Compañía, según se recoge en las *Instrucciones* de San Carlo Borromeo y en los diseños de Vignola para Il Gesú de Roma. Originariamente estaban cerradas por celosías, lo que permitía a los jesuitas seguir el culto sin ser vistos. Igualmente, sabemos que también existían tribunas en el presbiterio, aunque

---

<sup>10</sup> A.E.Hu., San Nicolás de Medina, fábrica. A modo de curiosidad diremos que en el vano superior estaba la campana del reloj del Colegio, que en 1805, fue retirado y cedido al Cabildo de Curas, que lo instaló en la Ermita de Santa Ana para reemplazar al que había allí desde tiempo inmemorial

<sup>11</sup> En Huete encontramos precedentes de este tipo de planta en las iglesias conventuales de Santo Domingo de Guzmán y Santa María de la Merced, en las que un eje divide los templos en dos mitades semejantes, originando un camino hacia el altar.

éstas, reservadas a los patronos, no se cerraban con celosías sino con balcones<sup>12</sup>. Estas últimas se cegaron a finales del siglo XVIII al construir las capillas de Guadalupe y San Juan.

Con el fin de no elevar las bóvedas excesivamente, el arquitecto que diseñó el templo sitúa las tribunas a la misma altura que los capiteles de las pilastras, lo que obliga a sustituir el entablamento clásico por una sencilla línea de imposta, que se quiebra enmarcando los vanos en su parte superior, creando una secuencia rítmica muy propia de un templo barroco.

De la misma manera que en Santo Domingo y la Merced, los elementos arquitectónicos sustentantes son las pilastras y los arcos fajones y formeros, con la diferencia que en este templo no se utiliza la piedra en las partes nobles. La apariencia de estos elementos únicamente se consigue por medio del relieve y el color de la pintura.

Sobre el crucero se levanta una media naranja, decorada conforme a las cláusulas estipuladas en el contrato, con costillones proporcionados que culminan en un florón<sup>13</sup>. En el anillo de la cúpula se disponen modillones pareados, elemento propio de la arquitectura madrileña de mediados del siglo XVII. La integración de elementos de distintos órdenes fue introducida en España por el Hermano Bautista en las casas profesas de los jesuitas de Madrid y Toledo en el primer tercio del siglo XVII. En Huete tiene su primer exponente en la iglesia de la Merced, diseñada por José de Arroyo en 1668. Casi medio siglo después, vemos como todavía continúa la influencia de la escuela madrileña. Las pilastras son de orden toscano, las ménsulas pareadas de la cúpula son propias del jónico, mientras que el corintio está representado en el florón que cierra la media naranja. Como indica Marías, cada uno de los órdenes hace referencia a las diferentes virtudes de la Compañía de Jesús: su fortaleza, su delicadeza y su virginidad<sup>14</sup>.

Las capillas laterales, cinco a cada lado, se cubren con techo plano enlucido en yeso. En ellas algunas familias nobles fundaron sus memorias y altares. La funcional disposición del templo permitía cultos simultáneos, mientras que la comunicación de las distintas capillas posibilita el trasiego de personas sin la necesidad de interrumpir el culto principal.

La iluminación jugaba un papel fundamental en un templo barroco. En este caso se siguen los mismos preceptos que en la cercana iglesia de Santo Domingo, se sitúa un foco a los pies, cuya luz blanca iluminaba el altar mayor al mediodía, momento en el que se celebraba la eucaristía, provocando destellos en el cáliz y en el pan de oro del retablo, manifestando la presencia real de Dios. Semejantes destellos se producían al amanecer, a través de la gran ventana que en el crucero está orientada hacia el saliente. Las vidrieras eran incoloras, ya que en

---

<sup>12</sup>A.E.Hu., parroquia de San Nicolás, fábrica, f. 302.

<sup>13</sup>A.M.Hu., protocolos notariales, 212, esno. Pedro García Cervero, f. 22.

<sup>14</sup>MARÍAS, F., 1983, p. 28.

el Barroco se pensaba que Dios ejercía su influencia sobre la Tierra a través de los astros<sup>15</sup>. La media naranja, símbolo del Cielo, es sin duda el punto culminante. Las ventanas situadas sobre el entablamento iluminan intensamente la media esfera, que parece suspendida sobre la nave.

Por lo que se refiere a los materiales constructivos, predominan los elementos pobres como la argamasa y la mampostería. Es una obra netamente barroca, pensada para ser “vestida” con numerosos retablos y otras obras de arte. Los elementos arquitectónicos son meramente aparentes y han perdido su función de auténtico soporte. Ya hemos citado que la bóveda que hay sobre el coro no tiene su reflejo en planta. La pared y el óculo, aparentemente macizas, están contruidos con materiales ligeros, dejando un considerable hueco detrás, sólo visible desde el campanario, lo que se debe a las necesidades de adaptar la nueva planta a las edificaciones preexistentes. Los materiales utilizados son tan ligeros que toda la estructura se apoya sobre las vigas del zaguán de entrada.

Igualmente, los muros de la nave en el lado del evangelio son sumamente delgados. El arquitecto resolvió los empujes a partir de unos contrafuertes situados detrás de las pilastras, unidos por medio de enormes vigas de madera. En el otro lado de la nave esta solución no fue necesaria debido al considerable grosor del muro, que pertenecía al cuarto antiguo, demolido para incorporar la nueva planta. En este muro se cerraron los vanos inservibles y se abrieron los arcos formeros y los vanos de las tribunas correspondientes a la nueva traza.

Las obras se complementaron con la realización de la portada principal, una de las más bellas y originales de la ciudad. Debió construirse en la misma época que el interior, ya que los rombos y el cajeadado de pilastras tienen cierto paralelismo con los empleados en la cúpula. Especial relevancia tiene la composición de doble pilastra y estípite, que desafían al propio equilibrio de la portada<sup>16</sup>. En 1770 sería reformada con el fin de incorporar el bello escudo con las armas reales y la inscripción que mandó grabar el rey Carlos III después de expulsar a los jesuitas.

El cuerpo superior se inicia con un zócalo que acentúa todavía más la horizontalidad de la obra. En el centro destaca una espléndida hornacina avenerada, flanqueada por dos pirámides con bolas sobre pedestales en los extremos de los aletones. Los plintos y adornos utilizados se configuran cajeados y decorados con los mencionados rombos.

Elemento que juega un papel decisivo es el frontón que corona toda la obra, que rompe la altura de cornisas del edificio a modo de hastial, consiguiendo con ello alterar la pesada

---

<sup>15</sup> CAMPANELLA, T., 1602, P. 125.

<sup>16</sup> El estípite fue utilizado por primera vez en España por Churriguera en el tabernáculo del retablo de San Esteban en Salamanca. Fue en su proliferación el distintivo del barroco castizo. BONET CORREA, A., 1990, p. 68.

severidad del conjunto. A los lados, la evacuación de aguas se resuelve con la incorporación de dos acróteras.

Más pobres son las fachadas del saliente, orientadas hacia los patios y dependencias del colegio, y por lo tanto menos representativas. Los muros son de yeso y argamasa, imitando sillería hacia el exterior, tal como se especifica en una de las condiciones del contrato para finalizar el templo<sup>17</sup>.

Los gastos de construcción del templo están reflejados en el libro de gastos del Colegio, alcanzando la cifra de 13.340 reales. De ellos, 3.460 reales cobraron los maestros por los cimientos y parte de los muros y pilares, y 9.880 reales costó la fase final ejecutada entre 1702 y 1703. El motivo del módico coste de las mismas no fue otro que la gran colaboración que prestaron los convictores y todos los miembros del colegio<sup>18</sup>.

Una vez terminado el templo, sus capillas fueron adornadas con aparatosos retablos de madera, el mayor fue construido en 1733 por el famoso arquitecto Jaime Bort, autor del Ayuntamiento de Cuenca y de la fachada de la Catedral de Murcia. Desgraciadamente, la incultura y sinrazón despojó a los pobres muros de sus ricos vestidos en 1936. Después de esa fecha, el esfuerzo de todos ha devuelto parte del encanto al templo, con la incorporación de valiosas obras de arte, donadas por devotos de nuestro tiempo.

J.L.G.M.

#### BIBLIOGRAFÍA:

GARCÍA MARTÍNEZ, J.L., 2001; RUBIO MORA, S., 1995.

---

<sup>17</sup> A.M.Hu., protocolos notariales, 212, esno. Pedro García Cavero, 1702, f. 27.

<sup>18</sup> A.H.N., clero, jesuitas, libro 33, f. 313.